

El Carisma Vicenciano Fidelidad al Carisma del Fundador

Antonino Orcajo, C.M.

Introducción

Estamos celebrando este año 2017 el cuarto centenario del carisma de san Vicente de Paúl. El 25 de enero de 1617 el preceptor de los hijos de la familia Gondi, que lo era el propio Vicente de Paúl, predicó un sermón a los fieles de la parroquia de Folleville, de la región de Picardía (Francia), aldea perteneciente a las vastas posesiones de dicha familia Gondi. El sermón llegó al alma de todos los oyentes, motivo por el que después de cuatrocientos años se ha querido ver el nacimiento de su carisma.

Los Misioneros de la Congregación de la Misión han celebrado siempre la fiesta del 25 de enero en la intimidad y el resto de la Familia Vicenciana (FAMVIN) se limitaba a felicitarles. A tal celebración del cuarto centenario del carisma vicenciano se ha sumado una Familia numerosa: los Misioneros de la Congregación de la Misión (CM), las Hijas de la Caridad (HC), la Asociación Internacional de Caridad, (AIC), la Asociación de la Medalla Milagrosa (AMM), Juventudes Marianas Vicencianas (JMV), la Sociedad de San Vicente de Paúl (SSVP) y los Misioneros Seglares Vicencianos (MISEVI). Los pertenecientes a la Familia Vicenciana pasan con creces del millón de personas; todos se inspiran en el espíritu evangélico de san Vicente de Paúl.

Nos preguntamos de qué carisma se trata: ¿del carisma de evangelizador, o del carisma de fundador? Ciertamente, el Sr. Vicente dice de aquel sermón de Folleville que “fue el primer sermón de la Misión” (SVP XI, 700). El fundador consideraría además el día 25 de enero de 1617 como la fecha del nacimiento de

la Congregación de la Misión. Pero tal consideración requiere una hermenéutica contextualizada dentro de los contornos emocionales en que fue expresada.

De todas formas, bienvenida sea la iniciativa de esta celebración del carisma vicenciano, sea éste cual fuere, si de hecho nos lleva a profundizar en el carisma que nos ha legado el fundador, a repasar nuestra propia historia vocacional y a remozar la teología del carisma, término usado tantas veces hoy fuera del contexto religioso y espiritual con que lo usó san Pablo y el Magisterio de la Iglesia.

Los tres documentos base principales del Magisterio de la Iglesia en que nos vamos a apoyar son: la Exhortación «*Evangelica Testificatio*» (ET), el Decreto «*Mutuae Relationes*» (MR) y la Exhortación Apostólica «*Vita Consecrata*» (VC). Los tres documentos parten de otros aprobados por el Concilio Vaticano II, en particular de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium* (LG) y del Decreto sobre la Adecuada Renovación de la Vida Religiosa, *Perfectae Caritatis* (PC).

La Exhortación Apostólica *Evangelica Testificatio* sobre la Renovación de la Vida religiosa se debe al Pontífice Pablo VI, que lo firmó el 29 de junio de 1971, fiesta de S. Pedro y S. Pablo. El Decreto *Mutuae relationes* trata de los Criterios Pastorales sobre las relaciones entre obispos y religiosos en la Iglesia. Fue firmado en Roma por la S. Congregación para los Religiosos e Institutos seculares, el 14 de mayo de 1978. Finalmente, la Exhortación Apostólica post-sinodal *Vita Consecrata* del Santo Padre Juan Pablo II a las Órdenes y Congregaciones religiosas, a las Sociedades de Vida apostólica y a los Institutos seculares y a todos los fieles, fue dada en Roma, el 25 de marzo de 1996.

La invitación del Concilio Vaticano II a realizar una renovación bajo el impulso del Espíritu, remitiendo «a la primigenia inspiración de los Institutos» y al «espíritu y propósitos propios de los fundadores» (PC 2), contribuyó considerablemente a centrar la atención de los teólogos en una mayor profundización del carisma, ya que el recibido por los fundadores no es un don privado, exclusivo suyo, sino un don hecho a la Iglesia.

No estaría de más que repasáramos lo que, en otro tiempo no lejano, se publicó sobre el espíritu, la vocación y misión, la identidad y el carisma de san Vicente de Paúl, temas tratados en la *XXII Semana de Estudios Vicencianos*, Santa Marta de Tormes - Salamanca, en agosto de 1995. Las conferencias, comunicaciones y talleres de trabajo fueron publicados por la Editorial CEME en un denso volumen titulado *Reavivemos el espíritu vicenciano*. Como bibliografía elemental es recomendable además conocer el número monográfico de *Concilium*, revista internacional de teología, n° 129, del año 1977, dedicado a *Los carismas*. Igualmente es muy provechosa la obra de Fabio Ciardi, *Los fundadores, hombres del espíritu*, Edic. Paulinas, Madrid 1983.

Para estas fechas, no han faltado vicencianistas de distintas nacionalidades, que han escrito y comentado sus puntos de vista sobre el carisma de san Vicente de Paúl en distintos medios de comunicación. Cada uno parte de sus conocimientos históricos, teológicos y jurídicos para emitir un juicio. Como era de esperar, las diferencias entre unos y otros en el enfoque y desarrollo del tema saltan a la vista.

1. Naturaleza y evolución del término carisma

«Carisma», del griego χάρισμα, *khárisma*, relacionado con la misma raíz que χάρις, *kháris*, gracia, es el resultado de esa gracia concedida por el Espíritu Santo, autor de todo don. Advertimos que el término «carisma» fue raramente utilizado en el griego clásico profano. Hoy, a cualquiera que destaque en una rama de la actividad y del saber humano: la ciencia, la política, la economía, el deporte, el arte, etc. le hacen depositario de un carisma. A cualquier habilidad llaman «carisma».

En sentido religioso se entiende por «carisma» el don que el Espíritu concede a una persona para bien de los fieles y de la Iglesia y como remedio de sus necesidades. Es una «manifestación del Espíritu para provecho común» (1Cor. 12, 7).

El Espíritu suscita, según las necesidades de los tiempos, hombres y mujeres dotados de gracias especiales para hacer frente y poner remedio a esas indigencias y pobreza de toda índole que acosan a la sociedad humana y a la Iglesia. Los fundadores vienen a hacer frente a esas calamidades y necesidades en campos varios: educativo-culturales, social-religiosos, orante-contemplativos, activo-evangelizadores... Así lo demuestra, por citar unos ejemplos, las fundaciones de benedictinos, franciscanos, dominicos, jesuitas, paúles, claretianos, salesianos y tantas y tantas otras congregaciones masculinas y femeninas.

El origen de la comunidad ha de ser enmarcado, para entenderlo adecuadamente, en el contexto más amplio del misterio de la salvación y de la construcción de la Iglesia. Por tanto, la respuesta a las causas que dan origen a un instituto no hay que buscarla sólo en el análisis de los fenómenos históricos y sociales existentes en su origen, aunque se han de tener en cuenta, sino en el carisma del fundador. El Espíritu concede sus gracias o dones a quien quiere, como quiere y cuando quiere. Su designio nos resulta a nosotros misterioso e inescrutable.

El papa Juan Pablo II en la exhortación apostólica *Redemptionis donum* habla explícitamente del carisma como un don tanto para las personas consagradas como para la comunidad, y no duda en afirmar que en ese don se encuentran elementos válidos para vivir la consagración. “Es difícil describir, más aún enumerar, de qué modos tan diversos las personas consagradas realizan, a través del apostolado, su amor a la Iglesia. Este amor ha nacido siempre de aquel don particular de vuestros Fundadores, que recibido de Dios y aprobado por la Iglesia, ha llegado a ser un carisma para toda la comunidad” (RD 15).

Ningún biógrafo de Vicente de Paúl había osado antes hablar de «carisma» recibido por el Santo en 1617, año clave en su vida sacerdotal y misionera. Tampoco extraña tal afirmación, porque hasta el Concilio Vaticano II (1962-1965), el uso del término «*carisma*» se

aplicaba rara y exclusivamente en sentido religioso y eclesial, según la exposición que hace san Pablo (cf. Rm 1, 11; 5, 15; 6, 23; 11, 29; 12, 6; 1Cor 17; 7, 7, 7; 12, 4; 12, 9. 28. 30-31; 2Cor 1, 11; Ef 4, 11-13; 1Tim, 4, 14; 2Tim 1, 6), y san Pedro, que lo emplea una sola vez (1Pe 4, 10). Notemos que no todos los traductores del original griego bíblico, empezando por san Jerónimo, autor de la *Vulgata*, traducen el término χάρισμα por «carisma», sino por otros nombres sinónimos.

1.1 - Carisma de fundador y del fundador

No faltan autores que distinguen entre «carisma de fundador» y «carisma del fundador». Por el primero se entiende la capacidad de fundar, capacidad que es intransferible; en cambio, por carisma del fundador, una gracia especial manifestada como experiencia espiritual concreta de fe, encarnada o plasmada en la vida de un hombre o mujer. En realidad, el primero está enmarcado dentro del segundo, por lo que queda reducido a uno solo: al carisma del fundador. Por el carisma se le confía una misión en la Iglesia como obra de servicio a ésta (cf. Ef. 4, 12).

Además del carisma de fundador, san Vicente de Paúl recibió otros dones del Espíritu que describían su personalidad, por ejemplo el don de impresionar el corazón de sus oyentes con la palabra, hasta el punto de que éstos se consideraban dichosos de poder escucharle y seguir sus enseñanzas. El Hno. Ducourneau, su secretario, nos ha dejado escrito en su *Memoria sobre las Conferencias de san Vicente*: “Si las obras que ha hecho son obras de Dios, como parece, es preciso que Dios le haya dado un espíritu para realizarlas y mantenerlas; por consiguiente, los consejos y enseñanzas utilizadas para ello hemos de tenerlos como un maná del cielo, cuyos gustos variados han atraído a tantas personas distintas de uno y otro sexo y de toda condición, que se han asociado de diversas maneras para tantos bienes diferentes emprendidos y sostenidos bajo su dirección...” (SVP XI, 833).

El hecho de que san Vicente recibiera del Espíritu, el 25 de enero de 1617, la iluminación de su vocación sacerdotal, ha inducido a

algunos a afirmar que tal día recibió un embrión carismático, aunque velado. Si entonces no lo recibió de forma manifiesta, lo recibirá más tarde rebosante de luz.

Otros afirman que ese germen o semilla de carisma fue depositado en el alma de Vicente de Paúl cuando pasó por aquella dolorosa tentación contra la fe, que pudo durar de tres a cuatro años (1612-1615). Dice su primer biógrafo Luis Abelly que se vio libre de ella cuando “decidió un día tomar la resolución firme e irrevocable de honrar aún más a Jesucristo, y de imitarlo con mayor perfección que hasta entonces, y fue entregarse toda su vida, por su amor, al servicio de los pobres” (*Vida del venerable siervo de Dios, Vicente de Paúl...* Ed. CEME 1994, L. III, cap. XI, p. 629).

2. Contextos sociales y religiosos que dieron origen a la Misión y a la Caridad

Para cerciorarnos del carisma de san Vicente conviene que distingamos su llamamiento a evangelizar a los pobres y su decisión más tardía de fundar la Congregación de la Misión. No perdamos de vista que Vicente de Paúl, antes de recibir el carisma de fundador, fue enriquecido por el Espíritu de Dios con otras muchas gracias que le prepararon para ser un destacado evangelizador y un distinguido heraldo de la caridad en una sociedad desbordada de pobres y de ignorantes en materia religiosa.

Dos experiencias, en enero y en agosto de 1617, nos sirven de punto de partida. Ambas experiencias dieron origen a la Misión y a la Caridad, que a su vez se convirtieron en la Congregación de la Misión y en la Compañía de las Hijas de la Cridad, en 1625 y 1633 respectivamente. Entre paréntesis recordamos que ya existían para entonces Asociaciones de Misión y Cofradías de Caridad, pero Vicente de Paúl supo darles vida nueva (cf. Marion, M., *Dictionnaire des Institutions de la France aux XVII et XVIII siècles*, Paris Édit. A. & J. Picard, 1976, sub v. *Confréries*; Taveneaux, R., *Le catholicisme dans la France classique 1610-1715*. S.E.D.E.S, Paris 1980, Tome 1, Chap. VII: *La pastorale caritative*).

2.1- La experiencia de Folleville

La primera experiencia se refiere al sermón que Vicente Paúl predicó en Folleville, a instancias de la Señora de Gondi, Margarita de Silly, esposa de Felipe Manuel de Gondi. Es el mismo Vicente de Paúl quien nos cuenta lo sucedido en aquel inolvidable 25 de enero de 1617: “Era el mes de enero cuando sucedió esto. Esta señora (Margarita de Silly) me pidió que tuviera un sermón en la iglesia de Folleville para exhortar a los habitantes a la confesión general -tras haber oído yo mismo en confesión a un moribundo en Gannes-. Así lo hice, y Dios tuvo tanto aprecio de la confianza y de la buena fe de aquella señora (pues el gran número y la enormidad de mis pecados hubieran impedido el fruto de aquella acción), que bendijo mis palabras y todas aquellas gentes se vieron tan tocadas de Dios que acudieron a hacer su confesión general... Fue aquel el primer sermón de la Misión y el éxito que Dios le dio el día de la conversión de san Pablo. Dios hizo esto no sin sus designios en tal día” (SVP XI, 699-700).

Aquella iluminación de su vocación sacerdotal fue crucial en su vida misionera, pues tomó conciencia de que en adelante debía dedicarse a la evangelización de los pobres del campo. Me sumo a la opinión del historiador José M^a Román: “Fue una revelación. Vicente sintió que aquella era su misión, aquella era para él la obra de Dios: llevar el evangelio al pobre pueblo campesino. No fundó nada aquel día. Acaso, ni siquiera tuvo la idea de que hiciera falta una fundación. Sólo predicó un sermón, “el primer sermón de la Misión”. Pasarían ocho años antes de que pusiera en marcha la Congregación de la Misión. Y, sin embargo, toda su vida haría que sus misioneros celebraran el 25 de enero como la fiesta del nacimiento de la Compañía” (Román, J. M^a, *San Vicente de Paúl. Biografía*. BAC. Madrid 1981, p. 118-119).

Hasta tal punto esto es cierto que el autor del antiguo manual de *Meditaciones para todos los días del año para uso de la Congregación de la Misión*, recogerá la tradición vivida hasta bien

pasada la primera mitad del siglo XX, al escribir en el sumario de la meditación para el día 25 de enero, fiesta de la conversión de san Pablo: “Cada año el 25 de enero nos recuerda nuestro humilde principio”. El sumario terminaba con el ramillete espiritual: “El Señor es el verdadero autor de esta obra, que admiran nuestras almas”, ramillete tomado del salmo 117, 23.

El tal manual de meditaciones dejó de usarse en la Congregación por su método inadecuado a los nuevos tiempos, al ser aprobadas por Decreto las *Constituciones y Estatutos de la Congregación de la Misión* en 1984. Nunca el Sr. Vicente se consideró fundador de la Congregación de la Misión. A este respecto declaraba ante sus compañeros: “¿Quién es el que ha fundado la compañía? ¿Quién nos ha dedicado a las misiones, a los ordenandos, a las conferencias, a los retiros, etc? ¿He sido yo? De ningún modo. ¿Ha sido el P. Portail, a quien Dios juntó conmigo desde el principio? Ni mucho menos; nosotros no pensábamos en ello ni teníamos ningún plan en este respecto. ¿Quién ha sido entonces el autor de todo esto? Ha sido Dios, su providencia paternal y su pura bondad” (SVP XI, 731; cf. 326).

2.2 - La experiencia de Châtillon

La segunda experiencia está referida a su actuación pastoral en Châtillon -les- Dombes, el domingo, 20 de agosto del mismo año 1617. En realidad fue una iluminación complementaria de la recibida en Gannes-Folleville: la puesta en marcha de su primera Cofradía de la Caridad. Su explicación se la debemos también al propio Vicente de Paúl: “Yo era cura párroco, aunque indigno, en una pequeña parroquia -Châtillon-. Vinieron a decirme que había un pobre enfermo y muy mal atendido en una pobre casa de campo, y esto cuando me estaba revistiendo para celebrar la misa y a punto de tener que ir a predicar. Me hablaron de su enfermedad y de su pobreza de tal forma que, lleno de gran compasión, no dejé de decirlo en el sermón con gran sentimiento, y Dios, tocando el corazón de los que me escuchaban, hizo que se sintieran todos movidos de compasión por aquellos pobres afligidos...

Después de comer se celebró una reunión en casa de una buena señorita de la ciudad, para ver qué socorros se les podría dar, y cada una se mostró dispuesta a ir a verlos, consolarlos con sus palabras y ayudarles en lo que pudieran. Después de vísperas, tomé a un hombre honrado, vecino de aquella ciudad, y fuimos juntos hacia allá. Nos encontramos por el camino con algunas mujeres que iban por delante de nosotros, y un poco más adelante, con otras que volvían. Y como era en verano y durante los grandes calores, aquellas buenas mujeres se sentaban al lado del camino para descansar... Fue aquel el primer lugar en donde se estableció la Caridad” (SVP IX, 202-232).

Hasta aquí los datos escuetos de lo sucedido en 1617, tanto en Folleville como en Châtillon, datos que podríamos ampliar a la luz de la historia civil, política y religiosa de Francia, de principios del siglo XVII, que por cierto llegó a ser el siglo de oro francés, dado el florecimiento de obras y personajes en ciencia y santidad.

Como es harto sabido, de las Cofradías de la Caridad nacieron las Hijas de la Caridad. Tampoco de éstas se consideraba fundador Vicente de Paúl: “Así es como Dios llevó a cabo esta obra -de la fundación de vuestra compañía-. La señorita no pensaba en ella; el padre Portail y yo no teníamos la menor idea; aquella pobre joven -Margarita Naseau- tampoco... Dios fue el que comenzó esta obra; por tanto, esta obra es suya. Acordaos siempre de que Dios hizo lo que los hombres no hicieron” (SVP XI, 542-543).

El año 1633 es el año de la gran manifestación del carisma del fundador Vicente de Paul. El 12 de enero era erigida y aprobada por el papa Urbano VIII la Congregación de la Misión mediante la Bula *Salvatoris nostri*. En julio echaba a andar las Conferencias de los Martes, a las que deseaban pertenecer lo más selecto del clero. El 29 de noviembre surgía, ante algunos fallos evidentes de las Cofradías de la Caridad, la primera comunidad de Hijas de la Caridad de la que se hizo cargo la Srta. Legras, más comúnmente conocida por nosotros con el nombre de Luisa de Marillac.

3. Elementos acompañantes del carisma

Para conocer mejor el carisma vicenciano, nada mejor que repasar el conjunto de factores que lo acompañan. Todos estos elementos conjuntados y conjugados expresan, concretan y configuran una comunidad aprobada por la Iglesia.

3.1. El campo de misión o de acción

La tarea específica de Vicente de Paúl y de sus congregaciones se desarrolla en torno a la evangelización de los pobres. Para toda la Familia Vicenciana, los pobres son la razón de su existencia y de su misión. Los pobres explican su vocación y entrega a la misión en la Iglesia y en el mundo a imitación de Jesucristo: “Nuestro Señor pide de nosotros que evangelicemos a los pobres; es lo que él hizo y quiere seguir haciendo por medio de nosotros. Tenemos muchos motivos para humillarnos en este punto, al ver que el Padre eterno nos destina a lo mismo que destinó a su Hijo, que vino a evangelizar a los pobres y que indicó esto como señal de que era el Hijo de Dios y el Mesías que el mundo esperaba... Un gran motivo que tenemos es la grandeza de la cosa: dar a conocer a Dios a los pobres, anunciarles a Jesucristo, decirles que está cerca el reino de los cielos y que ese reino es para los pobres. ¡Qué grande es eso!” (SVP XI, 386-387).

La misión viene dada al fundador no sólo para ser cumplida por él, sino por un grupo de personas que han de constituir una comunidad fundamentada en la vivencia del mismo carisma y del mismo servicio a la Iglesia. El carisma no es un don individual, sino social; de ahí que sea transmisible y durable. Este carisma o gracia, y la misión vinculada a él, supone vocación por parte de Dios. Dios llama, en efecto, al fundador y a todos aquellos que han de ser agradecidos con la participación de un mismo carisma.

El trabajo primero y principal de la Congregación de la Misión fueron las misiones populares, que al poco tiempo reclamaron las exteriores. Algo más tarde, el campo de trabajo se amplió y comprendió la dirección de seminarios. Se trata, más que de una obra

concreta, de responder a las necesidades de la Iglesia. Efectivamente el compromiso apostólico originante quedó desbordado por otros trabajos sellados por la caridad urgente. De ahí que dijera el fundador: “Él -el Señor- nos los ha dado, o aquellos en quienes reside el poder, o la pura necesidad, que son los caminos por los que Dios nos ha comprometido en estos designios. Por eso todo el mundo piensa que esta Compañía es de Dios, porque se ve que acude a las necesidades más apremiantes y más abandonadas” (SVP XI, 396).

En fin, “nuestro lote son los pobres, los pobres. ¡Qué dicha, qué dicha! ¡Hacer aquello por lo que Nuestro Señor vino del cielo a la tierra, y mediante lo cual nosotros iremos de la tierra al cielo! En eso es en lo que nos ocupan nuestras reglas: ayudar a los pobres, nuestros amos y señores” (SVP XI, 324). La ayuda a los pobres comprende el remedio de toda clase de necesidades corporales y espirituales. “A las necesidades espirituales de nuestro prójimo hay que atenderlas con la misma rapidez con que se corre a apagar el fuego” (SVP XI, 724).

En 1654 escribía a un sacerdote de la Misión entregado a las misiones populares, con nostalgia de su antiguo campo de misión: “No soy capaz de callármelo, es preciso que le diga con toda sencillez que esto me da nuevos y grandísimos deseos de poder, en medio de mis pequeños achaques, ir a acabar mi vida en un matorral, trabajando en alguna aldea, pues me parece que sería más feliz si Dios me concediera esa gracia” (SVP V, 185).

En parecido tono explicaba el servicio a los pobres de las Señoras de la Caridad y de las Hijas de la Caridad. A éstas les decía: “Todo el mundo está lleno de disgustos y preocupaciones; y el placer que pueda tener no es comparable con la dicha y la satisfacción de servir a los pobres. Yo os confieso que nunca he sentido mayor consuelo que cuando tuve el honor de servir a los pobres. Es feliz el hombre que practica la caridad” (SVP IX, 1195).

«El grito de los pobres» excitaba el celo del fundador, que exclamaba en noviembre de 1657: “Me acuerdo... de que

antiguamente, cuando volvía de alguna misión, me parecía que, al acercarme a París, se iban a caer sobre mí las puertas de la ciudad para aplastarme; muy pocas veces volvía de la misión sin que se me ocurriera este pensamiento...» (SVP XI, 317).

Es el mismo grito de los pobres al que apelaba el papa Pablo VI para espolear el celo misionero: “Más acuciante que nunca, vosotros sentís alzarse el «grito de los pobres», desde el fondo de su indignancia personal y de su miseria colectiva. ¿No es quizá para responder al reclamo de estas creaturas privilegiadas de Dios por lo que ha venido Cristo, llegando incluso hasta identificarse con ellos?” (ET 17).

El gran orador francés Santiago Benigno Bossuet, miembro de las Conferencias de los Martes y amigo del Sr. Vicente, inspirándose en la palabra y obra del santo fundador, desarrollará en un famoso sermón tres puntos en los que trata de probar “la eminente dignidad de los pobres en la Iglesia” (cf. *Sermons choisis de Bossuet, Sur l’émminente dignité des pauvres dans l’Église*, Garnier Frères, Paris)

No extraña que otro gran amigo suyo, el obispo H. Maupas du Tour, enalteciera al difunto Sr. Vicente en la Oración fúnebre que pronunció el 23 de noviembre de 1660 en la iglesia de san Germain l’Auxerrois, de París, por su entrega a la salvación temporal y eterna de los pobres, pregonando “Ha cambiado casi todo el rostro de la Iglesia” (*Oraison funèbre à la mémoire de feu Messire Vincet de Paul*).

Francisco María Arouet, más conocido como Voltaire (1694-1778), algo posterior a san Vicente en el tiempo, dijo de él: “Mi santo es Vicente de Paúl, el patrón de los fundadores. Ha merecido la alabanza tanto de filósofos como de cristianos” (*Oeuvres Complètes*, T. 44, Garnier, Paris 1885, p. 167-168).

3.2 La espiritualidad

Como medio de perseverancia y fidelidad a la evangelización de los pobres, el fundador de la Misión y de la Caridad se sirvió de un cuerpo de doctrina espiritual que constituía su alimento y sustento,

y el de su comunidad. Por cierto que el término «espiritualidad» nunca fue usado por el santo, como tampoco el de «carisma». Entre el campo de misión y la espiritualidad existe una trabazón imposible de separar. El fundador tuvo que dedicar un tiempo para asimilar una espiritualidad netamente evangélica, adaptada a la naturaleza de la Misión y de la Caridad, según lo demuestran sus intervenciones ante las Señoras de la Caridad (h. 1628), ante los misioneros de la Congregación de la Misión (1632) y ante las Hijas de la Caridad (1634), aunque la cronología de los documentos y de la correspondencia se adelantara unos años. Vicente de Paúl tendrá el evangelio como enseña y norma de vida entregada a la evangelización de los pobres, aunque se sirviera, en ocasiones, de enseñanzas tomadas de algunos Santos Padres, teólogos y escritores de vida espiritual.

La espiritualidad vicenciana, que irá fraguando y tomando cuerpo y forma propios con el paso de los años, se centra en Jesucristo misionero del Padre y evangelizador de los pobres; su experiencia y vivencia se explican por el modo de conocer, entender, sentir y vivir el misterio de “Jesucristo, Regla de la Misión” (cf. SVP XI, 429).

Con gran afecto decía a su primer compañero de la Misión P. Antonio Portail en 1635: “Acuérdese, padre, de que vivimos en Jesucristo por la muerte de Jesucristo, y que hemos de morir en Jesucristo por la vida de Jesucristo, y que nuestra vida tiene que estar oculta en Jesucristo y llena de Jesucristo, y que para morir como Jesucristo, hay que vivir como Jesucristo” (SVP I, 320; cf. 236).

San Vicente comienza a explicar a sus discípulos cuál es el espíritu -del que se deriva espiritualidad- que debe animar a los misioneros como continuadores de la misión de Jesús, exponiéndoles “el amor y reverencia al Padre, la caridad compasiva y eficaz con los pobres y la docilidad a la divina Providencia” (*Const. C.M.* 6). En el momento en que entrega las *Reglas o Constituciones comunes* a sus misioneros en 1658, el Espíritu le había dotado ya de una rica experiencia espiritual y apostólica. Como se echa de ver, la espiritualidad o el espíritu

del fundador es algo subjetivo, como modo de poseer y vivir en el tiempo y en el espacio lo que implica el carisma recibido. Dado que la Iglesia es la que pone el sello a la institucionalización del carisma, importa ver el carisma y la institución misma como dos vertientes de una misma realidad.

La espiritualidad vicenciana, extraída del evangelio de Jesucristo, tiene también otra fuente de inspiración: los pobres. El Sr. Vicente solía decir “Lo que me queda de la experiencia que tengo es el juicio que siempre me he hecho: que la verdadera religión está entre los pobres. Dios los ha enriquecido con una fe viva; ellos creen, palpan, saborean las palabras de vida” (SVP XI, 462; cf. 404-405).

De lo dicho se desprende que tres amores, fundidos en uno solo, constituyen la espiritualidad de san Vicente: Jesucristo, Iglesia y pobres.

3.3 La índole o estilo propio

Si entre el campo de misión y la espiritualidad existe un lazo irrompible, algo parecido afirmamos de la espiritualidad y de la índole o estilo propio de los llamados por Jesús para servirle en la Misión y en la Caridad. La espiritualidad vicenciana ronda en torno al revestimiento del espíritu de Jesús sencillo, humilde, manso, mortificado y lleno de celo por la salvación de los hombres.

Atentos a la doctrina de la Iglesia, transcribimos del decreto *Mutuae Relationes*: “El carisma mismo de los Fundadores se revela como una experiencia del Espíritu, transmitida a los propios discípulos para ser por ellos vivida, custodiada, profundizada y desarrollada constantemente en sintonía con el Cuerpo de Cristo en perpetuo desarrollo. La *índole propia* lleva además consigo, un estilo particular de santificación y apostolado que va creando una tradición típica cuyos elementos objetivos pueden ser fácilmente individuados...” (MR 11. 16).

El estilo particular de santificación y apostolado de la Familia Vicenciana reclama la práctica de estas cinco virtudes apostólicas que constituyen el espíritu de la Misión: la sencillez, la humildad,

la mansedumbre, la mortificación y el celo por la salvación de la humanidad. La historia da cuenta de estos rasgos del ser y actuar con que se ha dado a conocer. Nunca se ha hablado tanto del carisma del fundador como ahora, ¿se deberá, acaso, a que el espíritu del mundo trata de ahogar la índole o estilo propio que identifica a la congregación? Si la comunidad vicenciana llegara a olvidar su estilo propio perdería su identidad y fuerza de atracción. El ejemplo de vida y de espíritu es la mejor recomendación y la más eficaz invitación a que otros abracen la vocación misionera.

El consejo dado por carta el 2 de mayo de 1660 al P. Pedro de Beaumont, superior de Richelieu, vale por todo un programa de pastoral vocacional: “Nosotros tenemos una máxima que consiste en no urgir jamás a nadie a que abrace nuestro estado. Le pertenece solo a Dios escoger a los que él quiere llamar, y estamos seguros de que un misionero dado por su mano paternal hará él solo más bien que otros muchos que no tengan una pura vocación. A nosotros nos toca rogarle que envíe buenos obreros a su mies y vivir tan bien que con nuestros ejemplos les demos más aliciente que desgana para trabajar con nosotros” (SVP VIII, 285).

3.4 *El grupo de discípulos*

El estilo de vida particular y comunitaria vivido con espíritu apostólico, suscita discípulos de san Vicente de modo contagioso y a vivir la índole propia. El testimonio citado arriba del Hno. Ducourneau, al que añadimos ahora el de Bossuet: “Escuchábamos su palabra con avidez” (cf. *Carta al papa Clemente XI, suplicando la beatificación de Vicente de Paúl*), nos habla del grupo de discípulos que fue asociándose a la Misión y a la Caridad. El ejemplo y vocación de Vicente de Paúl atraía de manera arrolladora discípulos, hombres y mujeres, a su tarea.

El proceso se desplegó por sí solo, sin propaganda, pero con entrega alegre al seguimiento de Jesús evangelizador de los pobres. En cuanto a los misioneros consta que los tres primeros firmaron un acta de asociación (cf. SVP X, 241-244), instalándose en el

colegio de Bons-Enfants (1624), atraídos por su maestro. Una vez trasladados a la abadía de san Lázaro, en 1632, el número de los misioneros fue creciendo incesantemente. Al año siguiente, 1633, el papa Urbano VIII aprobó la Congregación de la Misión, dando un nuevo impulso a la naciente Congregación.

Es irrefutable que la entrega y espíritu de alegría con que vivía el fundador y su comunidad fascinaba a otras personas, que recibieron a su vez la misma experiencia espiritual y apostólica. A las Hijas de la Caridad exhortará a ser ejemplos vivos, a fin de asegurar el servicio a los pobres, realizado con espíritu de “compasión, dulzura, cordialidad, respeto y devoción”. La alegría impregna esas virtudes dimanadas del amor frontal: “Jesús, manantial de toda caridad” (RC. HC I, 1; VII, 1)

A partir de 1617, las Damas o Señoras de las Cofradías de la Caridad, hoy conocidas con el nombre de Asociación Internacional de Caridad (AIC), fueron extendiéndose a un ritmo más acelerado que el de los misioneros. A estas buenas mujeres les dirá su fundador: “Señoras, la Providencia se dirige actualmente a vosotras para suplir lo que se necesitaba para los pobres. Algunas respondieron a sus designios y, poco después, otras se asociaron a las primeras. Dios las hizo como madres de los niños abandonados... Estas buenas señoras han respondido con ardor y con firmeza” (SVP X, 953).

3.5 Fidelidad al carisma del fundador

La insistencia a la fidelidad impresiona a cualquier observador de la marcha de la Iglesia y de sus congregaciones, pues “la caracterización carismática propia de cada Instituto requiere, tanto por parte del fundador cuanto por parte de sus discípulos, el verificar constantemente la propia fidelidad al Señor, la docilidad al Espíritu, la atención a las circunstancias y la visión cauta de los signos de los tiempos, la voluntad de inserción en la Iglesia, la conciencia de la propia subordinación a la Sagrada Jerarquía, la audacia en las iniciativas, la constancia en la entrega, la humildad en sobrellevar

los contratiempos. La exacta ecuación entre carisma genuino, perspectiva de novedad y sufrimiento interior, supone una conexión constante entre carisma y cruz” (MR 12).

La fidelidad rebasa los límites de la perseverancia y pone su acento en el amor y alegría en la convivencia fraterna y en el servicio al pobre en quien hay que descubrir a Jesucristo sufriente. No puede haber fidelidad al carisma sin progreso, ni progreso sin fidelidad al carisma de fundación. Una fidelidad que no actualiza las inspiraciones fundantes lleva a la muerte a la comunidad.

La Exhortación Apostólica post-sinodal *Vita consecrata* insiste sobre todo en la fidelidad al carisma. Esta simple observación debiera hacernos pensar en la responsabilidad que recae en los llamados a la Misión y a la Caridad. La pastoral de vocaciones insiste en la importancia de los testimonios tanto personales como comunitarios, pues no bastan los primeros sino que requieren también los segundos.

Hemos llegado a un estado de indiferencia ante tanta palabra incumplida. Las ausencias injustificadas a los actos programados, como son la oración comunitaria y el trabajo, promueven la disolución de la comunidad, pues lo permanente no se da de modo irreflexivo o por medio de formulaciones arbitrarias, sino a través de una fidelidad dinámica.

El temor de que la Congregación fuera infiel a sus compromisos apostólicos y espirituales llevaba al Sr. Vicente a suplicar al Señor: “Todos los días le pido a Dios, dos o tres veces, que nos aniquile si no somos útiles para su gloria... (SVP XI, 698). Tenía conciencia clara de que la comunidad solo sirve en la medida en que permanece fiel al espíritu y carisma fundacionales.

Conclusión

De lo dicho cabe concluir que el carisma se genera y vigoriza a lo largo de toda una vida, en particular desde que decimos «Sí» a la llamada del Señor, para seguirle dondequiera que vaya. De modo

particular, las notas que suelen acompañar al carisma testifican la autenticidad del mismo carisma aprobado por la Iglesia. Es a ésta a la que pertenece sancionar si el carisma es un bien verdadero para los fieles y para la misma Iglesia. En el caso de la Congregación de la Misión, su aprobación por el papa Urbano VIII en 1633, queda patente. A partir de entonces, el fundador comenzó a exponer a sus discípulos una espiritualidad que confirma y evidencia el carisma recibido.

Lo confirma igualmente la aprobación de la Compañía de las Hijas de la Caridad por la Santa Sede, que por cierto se retrasó hasta el año 1668, ocho años más tarde de la muerte de los santos fundadores. Era entonces superior general de la Congregación de la Misión y de la Compañía de las Hijas de la Caridad el P. Renato Almeras (1661-1672).